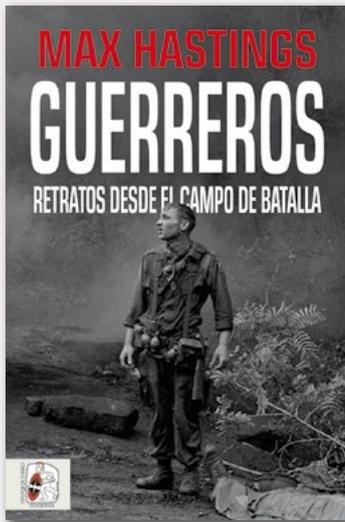


Guerreros natos en el diván de Max Hastings

Héroes, rufianes, caballeros, vividores, moralistas, aventureros, vanidosos, canallas... el eminente periodista e historiador Max Hastings analiza con ojo crítico las complejas personalidades de una pléyade de personajes tan admirables como criticables, pero con un denominador común: su excepcional talento para la guerra.



Guerreros. Retratos desde el campo de batalla
 978-84-121053-3-9
 432 páginas
 15,5 x 23,5 cm
 Rústica con solapas
 P.V.P. 25,95 €

El eminente historiador militar sir Max Hastings escoge en este estimulante e inspirador relato las vidas de dieciséis «guerreros» de diferente extracción social y nacionalidad de los últimos tres siglos, desde las Guerras Napoleónicas a los Altos del Golán, pasando por las guerras mundiales o Vietnam, seleccionados por su coraje o su extraordinaria experiencia bélica. En el curso de cuatro décadas escribiendo sobre la guerra, Max Hastings ha desarrollado una fascinación por las hazañas en los campos de batalla (en tierra, mar o aire) y, por supuesto, por los militares que las protagonizaron. Para ello aborda las biografías de soldados icónicos como el general y escritor napoleónico barón Marcellin de Marbot (inspiración del brigadier Gerard de Conan Doyle); de sir Harry Smith, cuya esposa española, Juana, se convirtió en su compañera militar en más de una campaña; del teniente John Chard, un modesto ingeniero convertido en el héroe insospechado de Rorke's Drift durante la guerra anglo-zulú; el jefe de escuadrón Guy Gibson, piloto cuyo heroísmo en los cielos de la Segunda Guerra Mundial le granjeó la admiración de su nación, pero pocos amigos; o el enérgico teniente coronel virginiano John Paul Vann, uno de los asesores militares estadounidenses más influyentes en la guerra de Vietnam, verso suelto del ejército con una turbulenta vida personal. Para imponerse en el campo de batalla, cualquier ejército necesita individuos capaces de mostrar un coraje por encima de lo común, pero... ¿qué es lo común en la guerra? En *Guerreros*, Max Hastings trata de dar respuesta a esa pregunta, y cómo esa percepción ha cambiado a lo largo del tiempo. Al tiempo que honra hechos extraordinario valor; posa su mirada inquisitiva sobre la entrega de condecoraciones al valor... y en el por qué estos prominentes guerreros rara vez dan la talla como líderes.

«Sensacional e iluminadora colección de vidas de extraordinarios soldados contadas con sus luces y sus muchas sombras por un maestro de la historia militar. Un placer y una revelación cada una de sus páginas. Imprescindible. ¡Tres hurras por Max Hastings!»

Jacinto Antón, *El País*



Sir **Max Hastings** es autor de veintiséis libros, la mayoría de historia militar. Entre 1986 y 2002 fue editor jefe del *Daily Telegraph*, y posteriormente del *Evening Standard*. Multipremiado tanto en su faceta de periodista como de escritor, sus obras más recientes son *Se desataron todos los infiernos*, *1914. El año de la catástrofe*, *La guerra secreta* y *La Guerra de Vietnam*, best sellers traducidos en todo el mundo. Es miembro de la Royal Society of Literature, miembro honorario del King's College y fue nombrado caballero en 2002.

Disponible el miércoles 30 de septiembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación
 Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Sensacional e iluminadora colección de vidas de extraordinarios soldados contadas con sus luces y sus muchas sombras por un maestro de la historia militar. Un placer y una revelación cada una de sus páginas. Imprescindible. ¡Tres hurras por Max Hastings!».

Jacinto Antón, *El País*

«Brillante [...] Hastings combina su consumada prosa con pasajes de una genialidad descriptiva en este libro para todos los públicos [...] Captura el compromiso de los combatientes, hombres y mujeres, en un lenguaje tan poderoso como comprensible. Es un libro para disfrutar».

Sunday Times

«Con esta colección de personajes, Hastings vuelve a jugar en casa, haciendo gala esa combinación de periodista de guerra e historiador social y militar tan característica [...] Este es uno de sus mejores libros con que deleitarse».

Evening Standard

«Todas [las historias] son espléndidas [...] manifiesta opiniones firmes con valientes oscilaciones del péndulo. Decisión y claridad son sus principales virtudes, lo que es de admirar cuando se trata de explicar de forma comprensible para el lector de a pie los entresijos de los endiabladamente complejos y sangrientos enfrentamientos que describe».

Spectator

«Una selección maravillosamente ecléctica [...] Hastings ha escrito un libro prodigioso. Perspicaz, irónico y cautivador, deja al desnudo la peculiar combinación de rasgos de carácter –lo bueno y lo malo– que todo guerrero que se precie necesita».

Sunday Telegraph

«Su briosa prosa comparte las cualidades de sus guerreros: clara, firme, contundente [...] *Guerreros* va a cautivarnos a todos».

Daily Telegraph

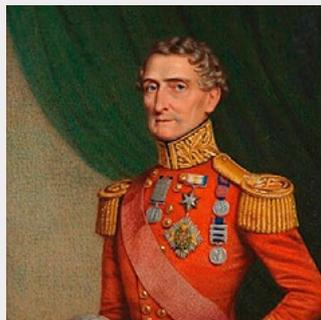
DOSIER DE PRENSA



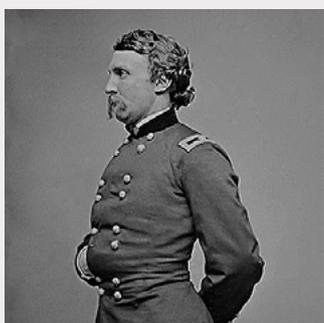
PROTAGONISTAS



Marcellin Marbot, uno de los memorialistas más destacados de las Guerras Napoleónicas y uno de los guerreros más leales de Bonaparte, al que siguió década y media desde Italia a Waterloo, y uno de los más temerarios, como atestigua la docena de heridas que jalonaban su cuerpo.



Harry Smith, un soldado del 95.º de Rifles que en España forjó su carrera militar... y encontró al amor de su vida, la jovencísima Juana, que acompañaría a este futuro teniente general por medio mundo, en el peligro y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza.



Joshua Chamberlain, un profesor universitario de retórica y oratoria transmutado en militar; un guerrero nato que compensó su inexperiencia con inteligencia y exportó su inquebrantable ética y rectitud a los encarnizados campos de batalla de la Guerra de Secesión estadounidense.



John Chard, un gris teniente de ingenieros que viviría su (único) momento de gloria al frente de la épica defensa de Rorke's Drift contra la marea zulú, que le granjearía un prestigio y un reconocimiento, para muchos excesivo, que no le impidió proseguir su indolente y anodina vida.



Frederick Burnaby, epítome del aventurero victoriano, de carácter tan formidable como su físico, tan adorado por el público como detestado en el ejército, que buscó saciar su adicción al peligro de las estepas centroasiáticas a las arenas del Sudán mahdista.



Karl Friedrich Max von Müller, un capitán alemán con cuyo obsoleto crucero ligero, el Emden, emprendió carrera corsaria durante la que sembraría el caos en el Pacífico, al tiempo que hacía gala de una caballerosidad desvanecida de los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial.

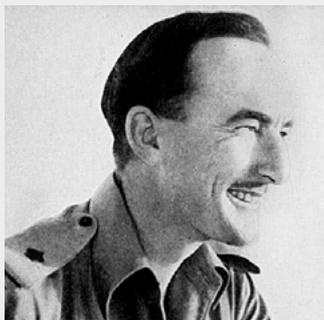


Frederic Manning, un australiano cuya carrera militar en la Gran Guerra se vería frenada una y otra vez por su alcoholismo y su afán de autodestrucción, pero que alcanzaría la fama como escritor; dando voz a los soldados rasos de las trincheras del frente occidental.



Eddie Rickenbacker, un humilde piloto de carreras del Midwest cuya insaciable sed de presas le convertiría en 1918 el as de la aviación estadounidense con mayor número de derribos... para después reciclarse y convertirse en un empresario de éxito.

PROTAGONISTAS



John Masters, nacido en Calcuta en el seno de una familia de larga trayectoria militar, cuyo nombre quedaría indisolublemente unido a los Gurkhas y a las operaciones chindits en Birmania durante la Segunda Guerra Mundial, y convertirse después en escritor de extraordinario éxito.



Guy Gibson, uno de los pilotos más sobresalientes de la RAF que protagonizaría uno de los raids más audaces de la Segunda Guerra Mundial, la destrucción de las presas del Ruhr, pero que despertaría tanta admiración mediática como odio entre sus compañeros de armas.



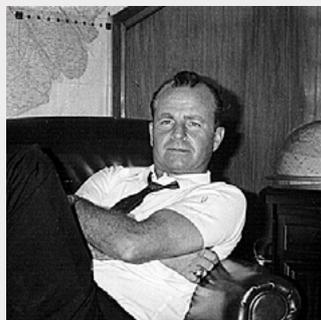
Audie Murphy, el GI más condecorado de la Segunda Guerra Mundial, de un valor casi suicida, que tras la guerra se forjaría una carrera como estrella de Hollywood que le propició fortuna y fama, pero no le libró de sus traumas y sus demonios interiores.



James Gavin, un huérfano de Brooklyn fascinado con las operaciones aerotransportadas y que combatiría con la 82.^a División en Italia, el Día D, Market Garden y las Ardenas, convirtiéndose en el general más joven del Ejército estadounidense desde tiempos de Custer.



Nancy Wake, una australiana de carácter arrollador que rompería los roles de género de la época para convertirse en una destacada agente del SOE en Francia, donde su lucha junto a la Resistencia contra la ocupación nazi le granjearían el reconocimiento internacional.



John Paul Vann, probablemente el asesor norteamericano más destacado, lúcido y polémico durante la Guerra de Vietnam, aunó una brillante carrera profesional con una turbulenta vida personal, y terminó devorado por un conflicto sin el cual no concebía su propia existencia.



Avigdor Kahalani, prototipo del ciudadano-soldado israelí al que ver la muerte de cerca durante la Guerra de los Seis Días no le impedirá, a bordo de su Centurion, ser protagonista en los Altos del Golán del último gran choque de blindados de la historia.

ÍNDICE

Introducción

- 1 El fervoroso prosélito de Bonaparte
- 2 Harry y Juana
- 3 Maestro de armas
- 4 El ingeniero perezoso
- 5 El coronel Fred
- 6 El hidalgo de los mares
- 7 El soldado más raso
- 8 El cazador
- 9 Una odisea india
- 10 El «Dam Buster»
- 11 Un héroe de Hollywood
- 12 «Slim Jim»
- 13 El ratón blanco
- 14 El joven apóstol de la libertad
- 15 Épica en el Golán

Epílogo

Fuentes y referencias bibliográficas

Índice analítico



La famosa representación de *lady* Butler del combate contra los zulúes que asaltaban la misión de Rorke's Drift. La victoria británica fue explotada por el Gobierno para paliar el trauma de la derrota en la cercana Isandlwana aquel mismo día.

Introducción

Esta es una obra de la vieja escuela o, como poco, un libro que trata de la guerra en un estilo que está pasado de moda, porque su objeto de estudio son las personas en vez de las «plataformas de armamento», ese horrible neologismo que se usa como sinónimo de carros de combate, navíos y aviones. Pone el foco en las experiencias de algunos individuos notables que dejaron su impronta en los conflictos de los últimos doscientos años. Es probable que los modernos señores de la guerra, como el exsecretario de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld, no lo encontrasen interesante, ya que está centrada en aquellos aspectos de la experiencia bélica que les son ajenos, esto es, en personas de carne y hueso en vez de en máquinas hechas de cables y metal. En la vida civil, las personas con una cierta afinidad por la violencia resultan incómodas en el mejor de los casos y, en el peor, amenazadoras. En tiempos de paz, los guerreros están mal vistos en las sociedades democráticas, como solía recordar Kipling; a Nelson le gustaba citar el epigrama del poeta y panfletista del siglo XVII, Thomas Jordan:

*Our God and sailor we adore,
In time of danger, not before;
The danger past, both are alike requited,
God is forgotten, and the sailor slighted.*
[Adoramos a nuestro Dios y al marino,
solo en tiempos de peligro,
pero cuando aquel ya ha pasado
de Dios nos olvidamos, y al marinero ignoramos].

Ahora bien, todos los países tienen la necesidad de que haya guerreros que defiendan sus intereses nacionales, que sirvan para aplicar la violencia de forma controlada conforme a unas reglas preestablecidas. En tiempo de guerra, los militares pasan de pronto a ser valorados y se convierten en celebridades –o, al menos, así fue hasta hace relativamente poco tiempo–. Apenas un puñado de los que entran en combate se convierte en héroes, mientras que la mayoría descubre, incluso aquellos que se han presentado voluntarios para el servicio, que al verse en peligro de muerte prefieren optar por comportamientos que optimicen sus posibilidades de sobrevivir en vez de por los que les harían ganar una medalla. Esto no significa que sean cobardes y, de hecho, la mayoría cumplen escrupulosamente con su deber. Sin embargo, son reticentes a dar un paso al frente, a hacer ese esfuerzo extraordinario que sí se puede observar en los soldados que ganan las guerras para sus países. Una de mis historias favoritas de la Segunda Guerra Mundial es la de Stan Hollis, sargento mayor de los Green Howards. El

Día D, el 6 de junio de 1944, y en los combates posteriores, Hollis atacó en tres ocasiones distintas posiciones alemanas que habían detenido el avance de su batallón. Armado con su subfusil Sten y granadas de mano, las asaltó en solitario y mató o hizo prisioneros a los defensores. Años más tarde, el coronel que entonces mandaba el batallón me contó acerca del sargento mayor, que milagrosamente había sobrevivido para recibir su Cruz Victoria y regentar un *pub* en Yorkshire hasta su jubilación: «Creo que Hollis era el único hombre entre todos aquellos que conocí en 1939-1945 que pensaba que ganar la guerra era su responsabilidad personal. Todos los demás, cuando sabían que se estaba preparando alguna puñetera misión, solían mascullar: “Por favor, Dios, ¡que sea a otro pobre pringado a quien le toque!”».

Todo ejército, para triunfar en el campo de batalla, necesita que existan unos cuantos sargentos mayores Hollis, individuos capaces de mostrar coraje, iniciativa o liderazgo más allá de lo normal. Pero ¿qué es lo normal? Es un concepto que ha ido evolucionando a lo largo de la historia y de forma especialmente radical a partir de la segunda mitad del siglo XX con el triunfo de lo que hemos dado en llamar «civilización». Sin embargo, eso no significa que las sociedades actuales sean más benévolas hacia sus oponentes que las del pasado, sino más bien lo contrario, pues emplean armas cada vez más devastadoras para aniquilarlos. En contrapartida, los soldados occidentales demuestran una reticencia cada vez más acusada a la hora de asumir riesgos o sobrellevar penalidades, en consonancia con las costumbres dominantes en sus sociedades. Mientras que un soldado griego o romano combatía cuerpo a cuerpo durante horas, con armas blancas, sajando carne, huesos y órganos, hoy las armas de fuego modernas son capaces de infligir heridas igual de terribles que aquellas, pero el acto es mucho menos íntimo. «¿Qué significa entrar en combate? –se preguntaba el piloto de la Primera Guerra Mundial, V. M. Yeates–. No hay rabia, ni sed de sangre, ni esfuerzo, ni te quedas agotado y sin aliento; solo un suave movimiento con las palancas [de mando] y el tableteo de las ametralladoras». Esta falta de esfuerzo físico en el acto de matar, cuya novedad apuntaba Yeates en 1918, es cada vez más notoria entre los combatientes de las democracias occidentales y, hoy por hoy es, de hecho, prácticamente universal, excepto entre algunas unidades de infantería. Antiguamente, el guerrero creía que su vocación militar era algo noble, en parte porque aceptaba que matar conllevaba la posibilidad de morir, aunque tampoco hace falta exagerar la caballería, ya que, en última instancia, a lo que cualquiera de ellos aspiraba era a eliminar al enemigo mientras que él salía con vida.

1

El fervoroso prosélito de Bonaparte

Las Guerras Napoleónicas dieron lugar a una rica producción de memorias, tanto británicas como francesas, de extraordinaria calidad. La obra de cada escritor es un fiel reflejo de las características nacionales de su país. No cabe duda de que nadie excepto un francés podría haber escrito las siguientes líneas acerca de su experiencia militar: «Puedo decir, creo, sin presumir, que la naturaleza me ha dotado de una buena dosis de valor; añadiré que hubo una época en la que disfrutaba del peligro, como, pienso, prueban suficientemente mis trece heridas y algunos distinguidos servicios». El barón Marcellin de Marbot fue el modelo en el que se inspiró el personaje literario del *brigadier* Gerard, de *sir* Arthur Conan Doyle: valiente, bravucón, inmune a la introspección y disfrutando sin inhibiciones de la experiencia de combatir al servicio de su emperador, desde Portugal hasta Rusia. Marbot era un guerrero de lo más entusiasta y compartía con otros muchos franceses de su tiempo la certeza de que no había empresa más gloriosa que combatir para Napoleón. Es difícil no respetar el valor de un soldado que con tanta frecuencia se enfrentó al fuego enemigo a lo largo de una carrera de servicio activo que duró más de cuarenta años, pero al mismo tiempo es complicado no sonreír socarronamente ante la vanidad y el patriotismo que impregnan el relato de nuestro buen húsar, rico en anécdotas y en comedia, aunque esta última es a menudo involuntaria.

Jean-Baptiste-Antoine-Marcellin de Marbot nació en 1782, en Beaulieu, en la región de Corrèze, hijo de un hacendado de tendencias políticas liberales que llegaría a ser general en los ejércitos de la Francia revolucionaria. Al pequeño Marcellin se le conocía entre su familia con el apodo «el Gatito», por su cara redonda y su nariz chata. En los comienzos de la Revolución, Marbot fue alumno de una escuela local para chicas. Originalmente, estaba destinado para seguir la carrera naval, pero un amigo de su padre le

Napoleón recibe novedades de un oficial francés en Austerlitz, uno más entre muchos otros campos de batalla en los que Marbot sirvió a su adorado emperador.

convenció de que la vida a bordo de un navío de guerra pudriéndose en algún puerto por culpa del bloqueo británico no era una buena opción para un joven con ambiciones, por lo que en 1799 consiguió entrar en un regimiento de húsares. El chaval de diecisiete años estaba encantado, y desde el primer momento presumió de su nuevo uniforme. Sin embargo, a su padre le preocupaba que fuera demasiado tímido y el hecho de que durante algún tiempo solía referirse públicamente a su hijo como «mademoiselle Marcellin» habría hecho las delicias de un psicólogo moderno. En aquella época se esperaba que todo húsar luciera un imponente mostacho como parte de su uniforme de campaña, así que al imberbe adolescente al principio no le quedó otra opción que pintarse los bigotes.

Marbot vio a Napoleón por primera vez cuando acompañó a su padre para que este ocupara un puesto en el ejército francés en Italia. En Lyon, para su sorpresa, se encontraron al héroe de las Pirámides, que se dirigía a París tras haber abandonado a su contingente en Egipto en busca de un trono, empresa que el general Marbot, un republicano convencido, se negó a apoyar. Fue en Italia cuando el joven Marcellin se ganó sus espuelas, al ser asignado a una patrulla de caballería que tenía la misión de capturar prisioneros austriacos. De repente, el sargento al mando dijo que estaba enfermo y regresó al campamento, momento que el joven húsar aprovechó para encabezar la patrulla: «Cuando me puse al frente de los

cincuenta hombres que había llegado a mandar de forma tan inusual, siendo solo un simple soldado de diecisiete años, decidí mostrar a mis camaradas que, si bien no tenía demasiada experiencia ni talento militar, al menos no me faltaban agallas. Así que me puse resueltamente a su frente y marché en la dirección en la que sabíamos que se encontraba el enemigo». La patrulla de Marbot sorprendió a un destacamento austriaco, capturó los prisioneros que necesitaban y regresó triunfante a las líneas francesas, donde el autonominado comandante fue recompensado con un ascenso a sargento, seguido poco después por una comisión como oficial.



4

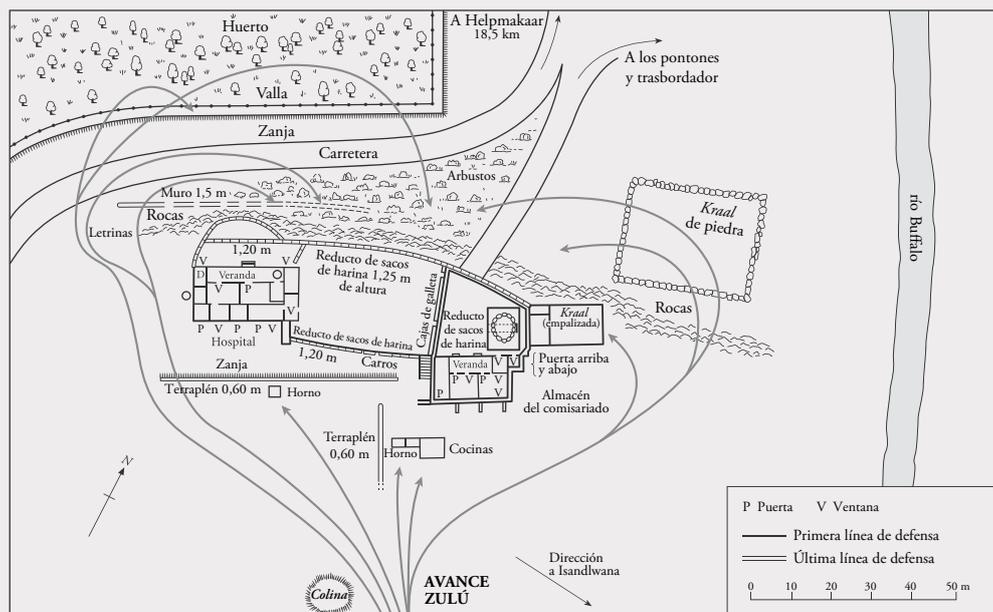
El ingeniero perezoso

La mayoría de los guerreros que retratamos en este libro tuvo carreras distinguidas que se extendieron a lo largo de meses o años de servicio activo. Hay un tipo de guerrero especial: aquel que se da de bruces con la oportunidad de alcanzar la gloria. El teniente John Chard era considerado por sus camaradas como un soldado del montón, lo que podríamos describir como la antítesis de hombres como Joshua Chamberlain. Chard era apreciado por su agradable personalidad y por su notoria indolencia, al menos hasta que una tarde de enero de 1879, de forma totalmente inesperada, le tocó representar el papel protagonista en un drama y su actuación le ganó el aplauso de la Inglaterra victoriana. Durante unas pocas horas de combate, ganó una fama que persistiría hasta el día de su muerte, aunque durante el resto de su carrera profesional no volvió a hacer nada destacable. Es probable que el recuerdo de Chard hubiera quedado relegado a oscuros archivos de la historia imperial si no fuera porque su hazaña quedó inmortalizada en *Zulú* (1964), una película épica de aventuras en la que su personaje fue interpretado por Stanley Baker y que, con toda probabilidad, haya visto todo aficionado al cine de aventuras. Corresponde a los lectores juzgar si el protagonista de la historia se mereció el prestigio que obtuvo al convertirse en uno de los oficiales más agasajados del Ejército británico del siglo XIX.

John Rouse Merriott Chard nació el 21 de diciembre de 1847 en el seno de una familia de pequeños ha-

cendados de Devon y fue educado por tutores privados y en la Plymouth New Grammar School [Escuela Primaria de Plymouth]. Siguió a su hermano William al ejército e ingresó a los dieciocho años en la Royal Military Academy [Academia Real Militar] de Woolwich, para seguir el curso habitual de treinta meses en el que los cadetes adquirirían conocimientos de artillería, fortificaciones y puentes, matemáticas, filosofía natural y aplicada, paisajismo, mecánica, francés e hindi. Después de acabar el decimotercero de su promoción de diecinueve alumnos en Woolwich, en julio de 1868 se le destinó a los Ingenieros Reales con el grado de teniente. No consiguió ningún ascenso en los once años que siguieron a su graduación y sirvió en toda una serie de deprimentes destinos, tanto en las islas británicas como en las colonias –Chatham, las Bermudas, Malta, Aldershot, Devonport y Chatham de nuevo–, hasta diciembre de 1878. «A partir de los treinta, uno empieza a estar menos preparado para hacer la guerra», afirmó rotundamente Napoleón en una ocasión. Incluso después de cumplir los treinta, Chard no se casó: en aquellos días, su humilde empleo no inducía a adquirir responsabilidades familiares. Y esto no es todo; no solo fracasó a la hora de destacar profesionalmente, también irritaba a sus superiores con su pereza. El único recuerdo que tenían de él sus coetáneos en Woolwich era que siempre llegaba tarde al desayuno. Su principal mérito, a ojos de sus compañeros de comedor, era que su afabilidad típica del West Country hacía de él un camarada

agradable, lo cual es algo que tener en cuenta dado el hecho de que tuvieron que coincidir con el mismo individuo durante tres comidas al día, un mes tras otro, en medio de una rutina de insoportable monotonía. Cuando *sir* Garnet Wolseley, el general británico más importante de su generación, conoció a Chard más adelante, se quedó poco impresionado y lo desdeñó como un «tipo poco inteligente y pesado». El ingeniero, con su cerrada barba negra y una actitud reservada hasta el punto de la incompetencia, dejó atrás la juventud sin haber destacado en su profesión.



7

El soldado más raso

La mayoría de los protagonistas de las historias recogidas en este libro triunfaron como guerreros, incluso aquellos que optaron por una carrera militar no tanto por amor a las armas como por sentido del deber y patriotismo supieron salir airosos cuando tuvieron que combatir, a veces hasta de forma brillante. Sin embargo, ninguna historia de la guerra moderna que investigase en qué consiste ser un guerrero estaría completa sin tener presente la figura del ciudadano-soldado, que fue la protagonista absoluta de las dos guerras mundiales. Aunque la mayor parte de aquellos hombres cumplió con su deber, pocos de ellos se sintieron realmente cómodos en su rol de soldados y algunos ni siquiera fueron capaces de fingir que valían para la profesión militar.

Entre estos últimos destaca Frederic Manning, un escritor australiano que disfrutó de un evanescente prestigio en los márgenes del mundillo literario y cultural eduardiano, al menos el suficiente como para ser invitado a algunas de las veladas de los gigantes literarios de la época, aunque nunca tanto como para destacar de verdad. Manning pasó cuatro meses en Francia como soldado de un batallón de infantería a finales de 1916 y aunque durante mucho tiempo se creyó que su humilde estatus había sido por elección, la realidad es que había fracasado en su intento de ser un oficial y eso en una época en la que no era difícil para un hombre educado conseguir unos galones. La carrera militar de Manning podría describirse como un cúmulo de pequeños desastres, que acabó en tragedia. Veinticinco años después, otro notorio soldado fallido, el novelista Evelyn Waugh, escribió a su amigo Frank Pakenham sugiriendo que la principal utilidad de la Segunda Guerra Mundial «sería curar a los artistas de la ilusión de que eran hombres de acción». Eso es lo que la Primera Guerra Mundial significó para Frederic Manning.

Su vida fue de todo menos satisfactoria, casi como si la felicidad y el éxito le hubieran eludido de forma deliberada. Es paradójico que a pesar de su poca aptitud como guerrero, demostrase ser uno de los testigos más honestos del conflicto y fuera capaz de narrar con una prosa de tremenda fuerza las tribulaciones de un conscripto en medio de las infernales circunstancias del Frente Occidental. En la literatura de la Gran Guerra, y especialmente en la británica, dominada y, de hecho, distorsionada por la poesía y la narrativa de un pequeño grupo de oficiales asqueados por la futilidad de la violencia –Sigfried

Sassoon, Wilfred Owen, Robert Graves–, la «tropa» está infrarrepresentada, a pesar de que suponía la abrumadora mayoría de los combatientes. La «voz» de aquellos oficiales-literatos ha llegado a dominar la idea que tenemos acerca de lo que se considera la auténtica «voz» de toda una generación, pero la realidad era más compleja. Su forma de ver la guerra era válida para cierto tipo de gentes, de cierta clase social y nivel cultural, pero está lejos de haber sido compartida por la mayoría.

Muchos de los que sirvieron en las trincheras se sintieron irritados por la presunción popular de que su visión de la guerra era como la de Sassoon o la de Owen. No es que disfrutaran el Frente Occidental más que aquellos –¿qué persona en su sano juicio hubiera podido hacerlo?–, pero rechazaban la idea de los poetas de que los combatientes rivales eran moralmente indistinguibles y que ninguna causa, incluyendo aquellas de la democracia y la libertad, podían justificar el sacrificio humano. Muchos de los soldados aliados más inteligentes creían que Europa habría caído víctima de una tiranía brutal si las potencias centrales hubieran triunfado, un juicio de valor contemporáneo que hoy suscriben algunos de los mejores historiadores del periodo. H.E.L. Mellersh, un oficial que fue herido en dos ocasiones supo explicar a la perfección lo que sentían los veteranos en su libro *A Schoolboy Goes To War* (1978) [Un estudiante va a la guerra], donde deploraba la fantasía de que la mayoría de los combatientes creía que «la guerra fue una enorme inútil, fútil tragedia, que solo merecía ser recordada como una lamentable equivocación. Los de mi generación y yo fuimos a la guerra esperando una heroica aventura y creyendo tácitamente en la justicia de nuestra causa; terminamos muy desilusionados en lo que respecta a la aventura, pero todavía creyendo que nuestra causa era justa y que no habíamos combatido en vano».

La mayoría de los hombres corrientes que luchó en la Gran Guerra compartía más la visión de Mellersh que las de Sigfried Sassoon o Wilfred Owen. El público, al igual que los novelistas y los cineastas, siguen aceptando la simplista escuela histórica de la «futilidad» de la Primera Guerra Mundial. Los veteranos, por el contrario, se sentían más identificados con las experiencias de Frederic Manning –que, al tiempo que narraba vívidamente los horrores de la guerra, les daba un tono de juicio divino– que con las de los partidarios de la trivialidad.

10

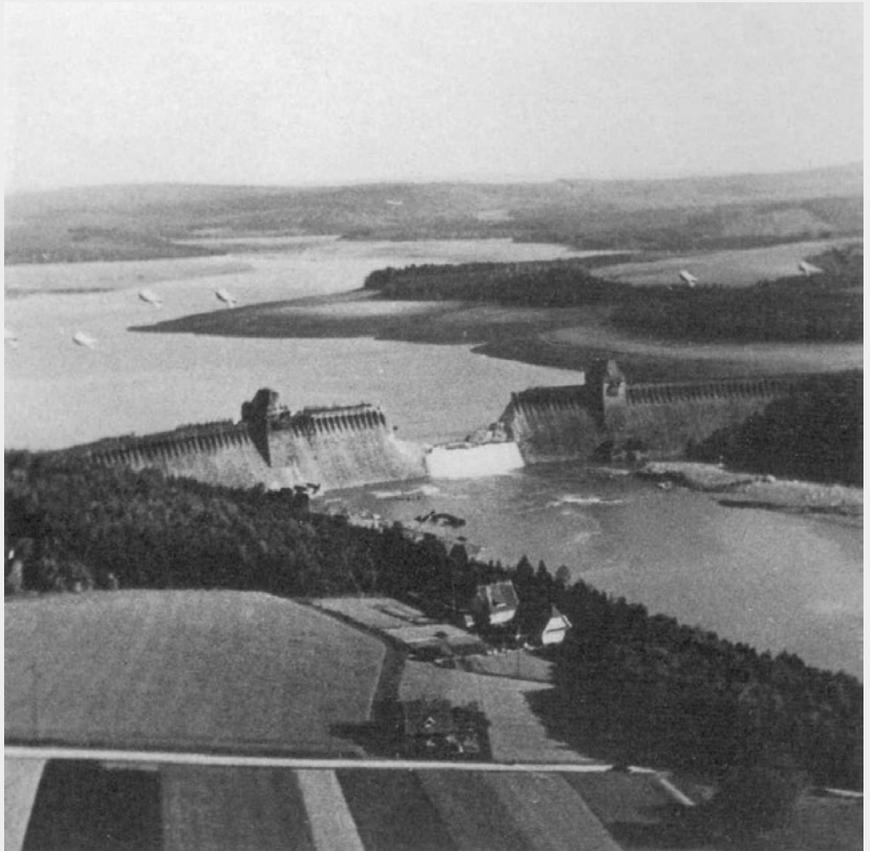
El «Dam Buster»

La muerte de Gibson, en los compases finales de una dramática guerra mundial, no causó demasiada conmoción entre la opinión pública. Tantos habían muerto y tantos iban a morir que el fallecimiento de un joven piloto, por muy famoso que fuera, atrajo muestras de respeto por parte del público, pero no extraordinarias manifestaciones de duelo. Su canonización como un héroe de guerra aún estaba en el aire y es que habían sucedido demasiadas cosas desde el raid contra las presas. Es poco probable que, de haber salido ileso de la guerra, hubiera tenido una vida feliz. Mientras que la mayoría de los guerreros de los que hemos hablado en la primera parte de este libro fueron populares entre sus iguales, pero eran unos perfectos desconocidos para el resto del mundo, Gibson había recibido la adulación de una nación agradecida por su talento y feroz determinación, que le convirtieron en un héroe nacional, más popular en su época que incluso las estrellas del deporte lo son en el presente. Ciertamente, poseía una gran madurez en su campo de especialidad, las operaciones de bombardeo, pero en su trato con el resto del mundo se comportaba como un individuo difícil e inmaduro. Muchos jóvenes héroes que alcanzaron la fama durante la guerra pasaron los años de paz refugiándose en los evanescentes recuerdos de sus hazañas juveniles. Su intolerancia, engreimiento y nula sensibilidad hacia los sentimientos de los demás le hubieran convertido en un tipo insoportable para las generaciones que crecieron en la paz. Tampoco es que hubiera estado mejor dotado para ejercer mandos superiores y es que las cualidades que son imprescindibles para un piloto no son las ideales para un general.

Gibson había entregado su juventud al servicio de su país en guerra; la RAF exprimió su talento todo lo posible antes de que muriese en acción, de la forma que las instituciones hacen con tantos y tantos jóvenes, incluso con aquellos que sobrevi-

Una de las imágenes más celebradas de la Segunda Guerra Mundial: la presa de Möhne en el Ruhr destruida por los pilotos del 617.º Escuadrón de la RAF en el ataque de mayo de 1943 liderado por Guy Gibson.

ven. Harris creía que una vez el «Dam Buster» había cumplido su función, se había vuelto redundante. La sonrisa de Gibson que sirvió para seducir a tantas personas de uno u otro sexo ocultaba la tragedia de un hombre que solo sabía vivir para una cosa: combatir. A lo largo de la historia, muchos guerreros han encontrado consuelo en sus camaradas de armas, pero no él, que era un solitario de una especie que se ve pocas veces entre los pilotos de bombarderos, que normalmente reconocen su dependencia emocional de otras personas, al menos de los hombres de su tripulación. Es triste comprender la poca satisfacción que obtuvo de su fama, a pesar de todo lo que hizo por la Royal Air Force y por su patria. Si no hubiera sido por un estúpido accidente en Holanda, quizá aún viviera, pero es probable que esté más feliz observando su propia fama desde alguna atalaya en las alturas, como un héroe eternamente joven, que viviendo como un artrítico e intratable anciano condenado a acudir a docenas de reuniones de veteranos y asistir a funerales.



14

El joven apóstol de la libertad

El comportamiento de Vann en la última fase de su vida era prácticamente el de un individuo desquiciado, como el de un personaje de la película de Stanley Kubrick *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*. La pompa del funeral en Arlington reflejaba las necesidades políticas de una administración acosada, que buscaba honor donde no lo había. En el primer *tour* de Vann en Vietnam, e incluso durante los primeros años después de su vuelta, fue un ejemplo de integridad, honestidad y compasión, pero después su egolatría y su vana búsqueda de la gloria personal eclipsaron todas aquellas virtudes. Las élites política y militar quisieron aprovechar los restos de la reputación que aún tenía Vann a su muerte para justificar una guerra que cualquiera con dos dedos de frente podía ver que estaba perdida. Neil Seehan, que como un joven corresponsal del *New York Times* había quedado fascinado por Vann en la década de 1960, fue uno de los que se sintió más afectado por su apostasía; en su monumental obra, *A Bright Shining Lie* [Una brillante y luminosa mentira], publicada en 1988, escogió a Vann

como el símbolo de las falacias sobre las que se asentó el fracaso de la política estadounidense en Vietnam.

Vann cautivó a muchos de los que le conocieron con su energía y su coraje, antes de que aprendieran a temerlas en igual medida. Fue un hombre obsesivo, maniático, cargado con un bagaje emocional que lo acompañó desde la cuna hasta la tumba. Era egoísta hasta el extremo, lo que causó mucho dolor a aquellos que cayeron bajo su hechizo. Representaba la convicción estadounidense de que «cualquier cosa es posible», que se aplicó de forma tan terrible a la Guerra de Vietnam desde finales de la década de 1960 y hasta su muerte. Se aferró tozudamente a la doctrina estadounidense del universalismo, que tanto influyó en las decisiones tomadas por los estrategas neoconservadores en Washington para Irak en 2003-2004, terriblemente equivocadas. Vann quiso convertir a los vietnamitas en estadounidenses, pero cuando fracasó perdió el norte y se convirtió en la clase de individuo desquiciado, indigno de ocupar cargos de responsabilidad, donde ponía en peligro la vida de aquellos que la tenían en más aprecio de lo que él tenía la suya.



Helicópteros Sikorsky HUH-1/UH-34D Seahorse, del escuadrón de transporte de helicópteros medios HMM-362 del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, desembarcan tropas en un arrozal para asaltar la línea de árboles que se ve al fondo, 1962. Fue la primera unidad de helicópteros de los Marines desplegado en Vietnam, el 15 de abril de 1962, en la base de Sóc Trăng, al sur del delta del Mekong.

Epílogo

Harry Smith falleció sumido en la pobreza, porque sus continuas peticiones para ser ennoblecido o recibir una pensión le fueron denegadas por los gobiernos de la época, mientras que Joshua Lawrence Chamberlain y James Gavin, ambos destacados guerreros, no triunfaron en la paz. Las lamentables circunstancias de la muerte de John Paul Vann hablan por sí solas y, de hecho, más de uno que ha recibido la Cruz Victoria se ha visto obligado a vender sus medallas. Kipling escribió en 1891:

*There were thirty million English who talked
of England's might
There were twenty broken troopers who lacked
a bed for the night,
They had neither food nor money, they had
neither service nor trade;
They were only shiftless soldiers, the last of
the Light Brigade.*

[Había treinta millones de ingleses hablando del poder de Inglaterra.
Había veinte soldados arruinados sin una cama en la que reposar.
Ni tenían ni dinero ni comida, ni sabían servir ni comerciar.
Eran perezosos soldados, los últimos de la Brigada Ligera].

Desde que el saqueo fue declarado ilegal y no se permitió a los oficiales de la marina vender las presas capturadas, la milicia en tiempo de guerra dejó de ser una profesión rentable. El oficial al mando del batallón británico en el que sirvió el sargento mayor Stan Hollis el Día D escribió con tristeza: «Me temo que fue más fácil conseguirle una Cruz Victoria durante la guerra, que un trabajo decente después de ella». Muchos guerreros se tienen que conformar con sus medallas y sus recuerdos, incluso aunque a algunos les resulta difícil convivir con los segundos. Se ha calculado que de los 111 soldados y marineros británicos condecorados con la Cruz Victoria en el siglo XIX, siete terminaron quitándose la vida –casi cien veces por encima de la media de suicidios entre la población general–, mientras que muchos otros tuvieron existencias insatisfactorias. En la época contemporánea la guerra no se percibe, como sí sucedía en épocas pasadas, como una oportunidad para que audaces individuos intenten alcanzar la gloria y vivir aventuras. La sociedad moderna está completamente condicionada por la brutalidad de las dos contiendas mundiales del siglo XX, además de la familiaridad con el horror de la guerra que la televisión trajo a los salones de cada casa en occidente; por ello, la guerra se percibe hoy en día como algo monstruoso y nadie en su sano juicio puede estar en contra de esa opinión.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

